

Estado del malestar

En «Talón», **Nicolás Melini** explora el ánimo donde el sujeto contemporáneo ha acabado por encontrar el sentido de su esquivia, problemática identidad

Ricardo Menéndez Salmón

Las diecisiete teselas que conforman ese mosaico que es «Talón», último libro hasta la fecha de **Nicolás Melini**, proponen otras tantas consideraciones en torno al estado del malestar. Con la excepción del relato que clausura la colección, «El Roque y los muchachos», que tiene más de palinodia y de celebración que de autopsia, el resto de textos son fragmentos que dibujan una especie de debacle a cámara lenta, sin grandes gestos ni audacias apocalípticas, pero que en su decantación precisa, que huye tanto de los finales cerrados como de las palabras pomposas, alcanza una y otra vez, de forma reiterada, la diana de cierta condición humana enferma, solitaria y perversa, que sobrevive gracias a un precario hilo de cordura y de dignidad, a menudo a un paso de quebrarse, en ocasiones a punto de perderse.

Hay de todo en esta botica de dicción exacta y exigente, singular marca de agua de la narrativa de Melini. Nos acosan relatos de filiación beckettiana, como los aterradores «Pared» y «Elasticidad comprobada»; nos interrogan las escatológicas alucinaciones del apoteósico «Salir», con guiños a **Palahniuk**; se nos invita a compartir epifanías tan dolorosas como la del relato que da título al volumen, en el que resuenan ecos de **David Foster Wallace** y de sus abracadabrantes relaciones de familia. Mención aparte merece un territorio en el que Melini es un consumado maestro, el que diagnostica la porosa barrera entre el amor como patología y la patolo-



Hay de todo en esta botica de dicción exacta, singular marca de agua de la narrativa de Melini

gía como índice y metáfora del amor, del cual son ejemplos el sagaz e inteligentísimo «Sarao y mujer», el magnífico «No es culpa de ellos, ellos no tienen la culpa» y esa joya que es «Indolente», un relato antológico, que exigiría de un **Cronenberg** para su traducción cinematográfica, un texto de una profundidad, de una complejidad y de una sutileza asombrosas, sobre todo teniendo en cuenta que condensa su fecunda exploración del cuerpo y de la extrañeza como naturaleza esencial del mundo en poco más de diez páginas.

En la obra de Melini importa tanto lo dicho como sus afueras, el silencio como los diálogos, que no son más que una forma distinta del vacío, pues su objeto y su razón de ser, la comunicación, no esconde otra cosa que el testimonio de un fracaso. Se enfatiza tanto el fuera de campo (el extrarradio de «Rata», la ruina del hombre en esa ruina más vasta que lo contiene y que es el paisaje posindustrial, los muñones de nuestra civilización) como el primer plano. Igual que el padre de «Casi nocturno», que contempla la habitación de su hija y su hogar perdido desde un ángulo de la calle, ya por siempre proscrito y expulsado, un paria sin otro consuelo que el lenguaje que nombra su dolor y persigue una música recordada, figura que funciona como epítome de un texto siempre sobre el alambre, capaz de conjugar en las distintas personas del verbo ese estado del malestar donde el sujeto contemporáneo ha acabado por encontrar el sentido de su esquivia, problemática identidad.

Tronadas

«Viento herido», de **Carlos Casares**: el rescate de una obra fundamental de la literatura gallega del siglo XX

Fernando Menéndez

Nos dijeron que si lo nuestro eran los contadores de historias, los escritores que tenían siempre una narración en la punta de la lengua, deberíamos conocer a **Carlos Casares** (1941-2002), un gallego con facilidad para fabular, con «el cuervo posado en los hombros» que diría **Cunqueiro**, como nos recuerda la escritora **Cristina Sánchez-Andrade**, traductora autora del posfacio de «Viento herido», la primera obra de Casares, recuperada ahora por la editorial Impedimenta para el lector en castellano.

Nos dijeron entonces que leyéramos a Casares, pero eran tiempos en que, a menudo, la distancia entre un libro y su posible lector era casi insalvable. Había que saber esperar y así tuvo que ser: hasta que la editorial Alfaguara publicó «Dios sentado en un sillón azul» en 1997. La espera había merecido la pena. Mientras, gota a gota, nos fuimos enterando de la trascendencia de Casares en las letras gallegas; de su relevancia política en contra del franquismo y a favor del galleguismo; de obras como «Xoguetes para un tempo perdido» y, por supuesto de «Viento herido» («Vento ferido» en el original gallego).

No hay que desviarse del contexto y la cronología: la obra que ahora edita Impedimenta ve la luz en 1967, hace 55 años. Visto con perspectiva, se anticipó a un género que ahora llamamos pomposamente ficción breve o micro ficción. El escritor, como es obvio, no tiene tiempo para etiquetas, no es lo suyo. O tal vez en 1967 todo estaba por hacer y Casares se puso a ello. Quien lea ahora «Viento herido» va a leer una colección de fogonzos; de des-

Misterio sin misterio

María Oruña cae en la irrelevancia narrativa en «El camino del fuego»

Saúl Fernández

Resulta que **María Oruña** está escribiendo una serie policial que se llama «Los Libros del Puerto Escondido» que protagoniza la teniente de la Guardia Civil Valentina Redondo y de la que forman parte los libros «Puerto escondido», «Un lugar donde ir», «Donde fuimos invencibles», «Lo que la marea esconde» y, ahora el último: «El camino del fuego».

Y yo, sin saberlo.

La teniente se va de vacaciones a Escocia. Se ve envuelta en un asesinato, en un incendio y en el misterio de unas memorias perdidas.

Parece que esto va a molar.

El asesinato se produce en un castillo.

Guay.

Hay un despacho misterioso. Y documentación vieja que puede deshonar el pasado.

Me arranco.

Pero el misterio lo cuenta un narrador omnisciente de esos que introduce el siguiente episodio con comentarios inanes del estilo de: «Para un extranjero no debe de ser fácil caminar por Escocia sin dejarse llevar por la magnificencia de sus paisajes, por las leyendas de sus valles y el aire fantasmal y evocador de sus incontables castillos. Símbolos y pedazos de historia vestida de heroicidad, drama y coraje por todas partes...».

Vaya.

El enigma que plantea Oruña no despierta ganas de encontrar su solución. Cuando llega, esta lo hace acompañada de indiferencia, sobremanera porque una médica forense que está de vacaciones en Suiza genera por teléfono la anagnórisis crucial para descubrir al criminal.

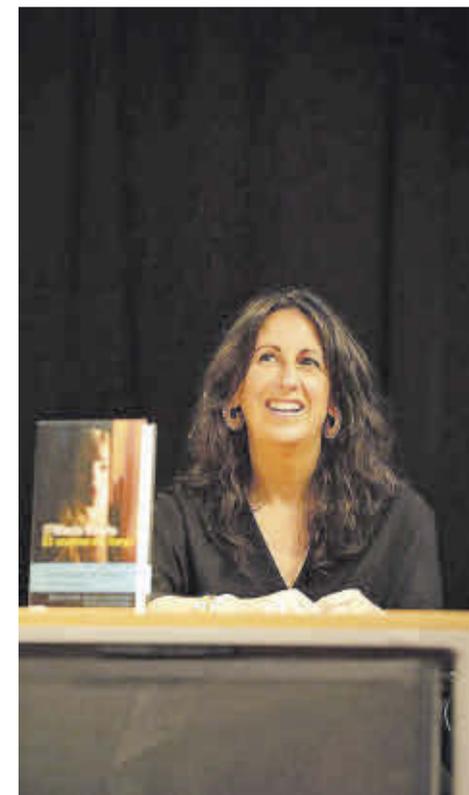
Sí, por teléfono, en Suiza.

Arsa.

Meter entre medias –por si acaso el misterio contemporáneo fuere poco atractivo– un misterio decimonónico que tarda en ser misterio casi cien páginas (primero es un librero que quiere ligar a una niña pija y eso, también, al lector le resulta indiferente) tampoco ayuda.

Los personajes secundarios son sólo nombres y no espíritus. A los expertos contratados por el padre del novio de la teniente (una profesora, un anticuario, un editor) los llama «literatos» y, cuando los pone a discutir sobre **Byron**, lo hace transformándolos en *hooligans* del Aberdeen y no en intelectuales expertos en el primer romántico.

Como se da cuenta de que estos secundarios no son más que estereotipos en la historia, decide Oruña que es bueno que protagonicen uno de los mu-



María Oruña, en la Biblioteca del Fontán. | Fernando Rodríguez



Carlos Casares. | Ricardo Grobas



Viento herido

Carlos Casares

Traducción de Cristina Sánchez-Andrade

Ilustraciones: X. Maside

Impedimenta

136 páginas, 17 euros

cargas dramáticas y sobrias en su narrativa pero que entrañan una sabiduría del relato al alcance de bien pocos. Sin prolegómenos ni añadidos, en cada historia se nos sitúa en el ojo del huracán; a la vera de personajes que viven una encrucijada o un dilema vital: hijos del campo; seres humildes en su mayoría atrapados por una violencia que es casi un estilo de vida. La cita de Pavese que abre el libro define a la perfección la intención de Casares: «Cualquiera que pase tiene un rostro y una historia». No hay elegidos para la literatura; todo lo contrario: la certeza de Pavese ya había hecho mella en maestros como Chéjov o Rulfo, con el que se vincula en cuanto a ecos e imaginario a «Viento herido».

Volviendo al posfacio de Sánchez-Andrade, la escritora y traductora pone el énfasis en poseer el secreto de la alquimia: «Casares tenía el gran mérito de saber transformar cualquier anécdota, suceso, pensamiento o vivencia en historia». Y que nos conmueva, nos turbe, nos divierta... Sin desvelar la trastienda ni los trucos. Un relato que muestre el rostro de su esfuerzo es un relato torpe o exhibicionista. Las historias suceden como las tronadas de uno de los textos de «Viento herido». Inesperadas, rotundas en el caso del libro que nos atañe. También líricas y escuetas, lo cual genera en el lector ganas de más.

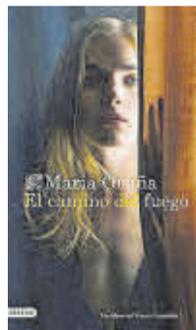
Sin embargo, ese quedarse en el borde, ese arte de escatimar, forma parte de la esencia del contador de historias. A las audiencias, a los lectores los empuja el hambre. Saber mezclar ansiedad y paciencia define una actitud. Miro hacia atrás y comprendo que ha sido demasiado tiempo, pero cuando acabé de leer «Viento herido» me pareció que nunca había dejado de leer a Carlos Casares. Feliz por el autoengaño, me queda celebrar la iniciativa de Impedimenta y desear que reincida. Y que las editoriales también miren hacia atrás: junto a los brotes, hay viejos árboles que siguen en pie.

chos epílogos de la novela. Y es que, sí, «El camino del fuego» está llena de epílogos, de esos que había en las novelas de «Los tres investigadores» para descubrir lo que había pasado a lo largo de las doscientas páginas anteriores. Pero, insisto, cuando lo hace, da igual. Las explicaciones que ofrece son irrelevantes. Como es irrelevante la novela entera.

Los personajes principales tampoco es que despierten el interés de quien está leyendo: una guardia de vacaciones que no lee, que acaba de perder un niño, que considera que su segundo es gilipollas y siente admiración por la abuela de su novio (añosa, «leyendosa», «pasadosa» y, sobre todo, inverosímil). Y un marido que no se sabe muy bien quién es. Quizá porque lo ha explicado en las novelas anteriores de la serie, pero no me voy a parar a averiguarlo. Si para saber quién es la teniente tengo que leer los libros previos, paso de saber quién es la teniente.

Y luego está lo de las memorias de Lord Byron. Una historia que viene de «Los papeles de Aspern», pero que muy pronto se queda en nada. O sea, la escritora monta una historia en un castillo, se inventa una habitación privada, anuncia la presencia

de un libro perdido y, unas páginas más allá, decide que lo de las memorias da igual. Incluso en el desarrollo de la historia paralela (la del asesinato victoriano). Todo, una lástima.



El camino del fuego

María Oruña

Destino
400 páginas
19,85 euros



En plena forma

Cecilia Bartoli arrasa en su gira española de tres conciertos

Cosme Marina

Las apariciones de la mezzosoprano italiana Cecilia Bartoli en nuestro país cada vez son menos frecuentes. Enfrascada en proyectos de enorme calado en Salzburgo, Montecarlo y otras ciudades europeas, mantiene un calendario selecto y restringido y sus giras están siempre muy medidas, por lo que adquieren rango de acontecimiento.

El regreso a España se plasmó en un itinerario limitado a tres ciudades, Barcelona, Madrid y Valencia, en las que logró el milagro de llenar las salas y que un público entusiasta la ovacionase hasta el delirio.

Con Bartoli estamos ante una de las cantantes más influyentes de nuestro tiempo que, además, ha marcado la pauta a muchos otros. Primero por su capacidad para rescatar compositores en proyectos en los que la investigación ha sido clave y, en segundo lugar, por apostar por un nivel de calidad altísimo en sus propuestas artísticas que no se limitan a ser galas convencionales, sino que están siempre estructuradas en torno a un eje sobre el que pivota la dramaturgia del espectáculo.

En esta ocasión, bajo el paraguas de «Farinelli y su tiempo», aprovechó Bartoli para realizar un repaso a algunos de los compositores que han sido

esenciales en el desarrollo de su carrera: Haendel, Porpora o Vivaldi, entre otros. Para ello canalizó la velada no sólo desde el punto de vista musical. Cobraron enorme importancia, como telón de fondo, una serie de proyecciones centradas en un viaje pictórico que arrancó con algunos de los maestros del Barroco para llegar incluso a los Prerrafaelitas. Buscaban, sin duda, generar atmósferas diferenciadas en cada aria, en cada pasaje orquestal. Además, un pequeño camerino en un lateral del escenario permitía cambios de vestuario que adecuaban a la solista a cada uno de los roles que interpretaba. El actor y bailarín Nicolas Payan hizo de eficazísimo maestro de ceremonias, sirviendo de enlace entre las diferentes escenas.

Bartoli ha sido la impulsora de Les Musiciens du Prince-Monaco, una formación creada en 2016 y que se ha consolidado en tiempo récord bajo la dirección de Gianluca Capuano, maestro seguro y solvente, magnífico conocedor del repertorio barroco y que ha logrado un sonido compacto y genuino que ya es seña de identidad de la orquesta. En el concierto que cerraba la gira, en el Palau de les Arts de Valencia, lo demostró en los sucesivos pasajes instrumentales en los que los músicos de la orquesta, al igual que en algunas de las intervenciones vocales de Bartoli, tuvieron magnífica presencia como solistas de primer nivel.

Bartoli, desde su salida a escena, demostró su mando en plaza de manera contundente con uno de sus característicos efectos vocales, una infinita *messa di voce* en «Lontan dal solo e caro... Lusingato dalla speme» de «Polifemo» de N. Porpora. Dotada de una técnica prodigiosa, sabe perfectamente adaptar el repertorio a su realidad vocal y combina las arias en las que brilla la coloratura con otro canto más *legato*, en el que su exquisitez estilística y su musicalidad tan cuidada sumergían al espectador en un itinerario musical de enorme belleza. Hitos como el «Lascia la spina» de «Il trionfo del tempo e del disinganno» de Haendel fueron perfecto exponente de lo mucho que Bartoli sigue aportando en un repertorio en el que continúa siendo referencia indiscutible. Luego llegarían arias del «Giulio Cesare» también de Haendel, además de otras del «Orlando Furioso» de Vivaldi. Todo ello en un *crescendo* continuo que se remató con un triunfo arrollador y tres propinas en las que la furia y el lamento barroco también hicieron hueco al romanticismo popular e incluso a improvisaciones jazzísticas.



Bartoli saluda al final de su concierto en Valencia. | Miguel Lorenzo